

Al final, todos son antropólogos

Antropólogo de poltrona

JUAN CARLOS ORREGO

Sílaba, Medellín, 2018, 234 pp.

A VECES es cierto que enseñar es aprender dos veces, como lo dijo el francés Joseph Joubert. En el caso de Juan Carlos Orrego, tal vez más de dos veces. Antropólogo de la Universidad de Antioquia, tenía 25 años cuando recibió la llamada inesperada de su alma máter para dar la cátedra sobre Teorías de la Cultura, que se dicta en los primeros semestres de la carrera de la cual es egresado. No era el más versado en la materia, tampoco tenía experiencia docente; mucho menos pensaba entonces ser catedrático o aspiraba a serlo, y sin embargo aceptó la propuesta.

El ahora profesor Orrego, en su empeño y preocupación por dar un buen curso, releyó una y otra vez a los autores que hoy por hoy, y a lo largo de su corta historia, han definido el proceder de la ciencia humana que estudia al ser humano. Con cada relectura no solo descubría material tan bueno como las mejores literaturas; también descubría en sus autores una serie de rasgos y egos —por lo demás, muy humanos— tan complejos como las teorías que planteaban en sus obras. Por así decirlo, Juan Carlos Orrego encontraba en los grandes autores y maestros de la antropología a una comunidad humana digna del más riguroso estudio de comportamiento o de un interesante análisis comparativo.

En más de una década de clases y tertulias —curriculares y especialmente extracurriculares, como lo deja conocer— con estudiantes, colegas, curiosos y desocupados del tema, el profesor fue haciéndose la idea, cada vez con mayor convicción, de que sería por lo menos interesante que existiera un espacio en el que pudieran encontrarse las reflexiones sobre las lecturas de los clásicos de la antropología que enseñaba semestre a semestre. Como una especie de revisión, recopilación o guía comentada, cuando no como mero entretenimiento y ejercicio de análisis, a disposición de todos aquellos interesados en el tema. Confiesa que se habló de un foro, de un debate y hasta de un *talk show*.

Descartadas todas esas posibilidades, el tema no dejaba de darle vueltas. Y como no hay mejor manera de hacer las cosas que haciéndolas uno mismo, mientras ultimaba detalles para el séptimo cumpleaños de su hijo menor, el profesor decidió no darle más largas al asunto. Se sentó ante el computador y escribió el borrador de lo que sería la primera entrada de un blog en el que, uno por uno, se dedicaría a disertar sobre los libros de los que siempre hablaba en clase o sobre aquellos que consideraba unas verdaderas joyas de la antropología, y de los que rara vez tenía oportunidad de hablar porque el curso no daba para más. En otras palabras, presentaría una colección comentada de los títulos que, sí o sí, eran lecturas obligadas y universales sobre la ciencia que enseñaba. Así nació *Antropólogo de Poltrona*, el blog.

Su público objetivo eran, cómo no, sus propios estudiantes, ya que guardaba la válida esperanza de que ellos, los directamente implicados, se animaran a hacer sus propias lecturas movidos por un hambre insaciable de conocimiento y teoría de su oficio que a veces no puede saciar el aula. Así, con cierta constancia y cierta disciplina, el profesor publicó 50 entradas en su blog desde 2013 hasta 2015. En ese tiempo, el blog alcanzó unas 17.000 visitas. Si los lectores eran estudiantes o no, es otra discusión, sobre algo por lo demás difícil de constatar, pero basta con saber que eran cibernautas de a pie, preferiblemente humanos. Lo cierto, en cualquier caso, es que no se trata de una cifra menor, sobre todo teniendo en cuenta la impopularidad de estos temas entre el caos de la viralidad de internet. Gracias a la idea, acertada o equivocada, según la cual algunos temas valiosos que nacen en la web solo pueden “graduarse” como verdaderamente valiosos si se publican en papel, fue que en Sílabas Editores decidieron que las interesantísimas y dedicadas reflexiones del profesor podrían conformar un volumen digno de encuadernarse. Así nació *Antropólogo de poltrona*, el libro.

De una u otra manera tenían razón. Esta serie de textos, que pasan a ser pequeños ensayos, es valiosa tanto por su contenido como por su forma, y hubiera sido un desperdicio editorial que, teniendo un público asegurado y

comprobado, no se editara un libro que los reuniera, como pasa con los puñados de buenos textos que se encuentran dispersos. La selección del profesor, presentada como “breves reseñas” —aunque son más que eso—, ya tiene de por sí una incuestionada pertinencia por su amplia experiencia y conocimiento en la materia y por la rigurosidad con que las desarrolla, sin necesidad de acudir al engorroso tecnicismo académico. Pero el mérito es mayor: la prosa de Juan Carlos Orrego es ágil, certera, redonda, inteligente y jocosa. Cada disertación está ensamblada con una mezcla de erudición y humor que permite al autor sincerarse sin restricción en sus opiniones sobre las vacas sagradas que han dictado la forma de ejercer el oficio que él enseña, sin caer en retahílas, quejas, odas, diatribas, reverencias o cantaletas.

Todo lo contrario. El libro está hecho con una especie de balance que da espacio para apreciar los logros de cada uno de los autores analizados y, por igual, para burlarse un poco —por qué no— de los personajillos de sí mismos que a veces resultan ser los maestros de la antropología, en su empeño por sentenciar la razón absoluta que quieren tener sobre la forma de estudiar a otros humanos, generalmente oteando a sus colegas y compañeros de especie desde los tronos de sus poltronas. Por todo eso, se agradece encontrar un libro hecho por un conocedor del tema que, además de hablar con toda propiedad y dominio, no sacraliza a las eminencias de la ciencia del hombre y de paso las acerca como los tipos que de alguna manera fueron, que ameritaban un serio estudio como sujetos, tal como el que ellos mismos hacían sobre otros de su especie.

Como haciendo caso a la sentencia inicial de Clifford Geertz que presenta en el ensayo sobre *La rama dorada*, de James George Frazer, según la cual lo que importa en la antropología no son los interminables arrumes de datos sino la persuasión de la prosa con la que se presentan, Juan Carlos Orrego ha llevado a cabo un ejercicio sencillo, necesario y prácticamente urgente en su materia de estudio y enseñanza. Con el mérito de hacerlo legible para cualquier buen salvaje que apenas se asoma por curiosidad o accidente en el complejamente humano universo de

la antropología. Que sea en blog o en libro, es lo de menos: la poltrona es la misma.

Adrián Atehortúa